

clarín apocalíptico de la revolución, cuyos estruendos resonaban como un repique de Pascuas; cuando en cada cima de monte griego relumbraba un volcán de odios, y en cada recodo de sus enseñadas flotaba una escuadra rota, destruída, incendiada; el cielo nublado por las humaredas despedidas de los rifles y alumbradas las costas por los incendios de las ciudades desesperadas y delirantes, las mujeres del Epiro se lanzaban una tras otra, en sublime suicidio, desde las breñas á los abismos, abrasadas, no como Safo en su Leucades siniestro, por amor carnal, abrasadas por santo afecto á la religión y á la patria. Semejábanse tales hembras á las encinas de Dodona, maridadas con robles y malezas, de cuyos ramajes pendían escudos y trofeos férreos que, agitados por el tormentoso viento de las crestas y de los oleajes, acompañaban los trágicos ósculos de sus viejas y siniestras sacerdotisas, semejantes á parcas, lanzando de sus bocas, con espumarajos de hiel, gritos de combate como aullidos los cuadrúpedos carniceros de sus oscuras cavernas y como graznidos los voraces cuervos de sus cruentos campos. La mujer del Epiro, que hoy mismo enciende la mecha, por el epirota semisalvaje aplicada en los espasmos de guerra perdurable, al rifle, que así le sirve para el pirateo en las costas como para el secuestro en los montes, lleva todavía el pensamien-

to y la voluntad terribles de Olimpias en sus almas cargadas de vida como la eléctrica nube de relámpagos. Esta persistencia del tipo, que ha pasado de una edad á otra edad, nos releva casi de profundizar en el espíritu, verdadero abismo, de la mujer que dió vida y sér al conquistador Alejandro. Ella no sabía nada, en su temperamento, ni de piedad, ni de dulzura, ni de amor, que no fuera el amor á su cachorro. Lo mismo le daba conspirar contra su marido que conspirar contra sus hermanos. La vida beata y dulce de una esposa correspondida y de una madre adorada le hastiaba por su triste conformidad. Contra las paredes angostas de un hogar, aunque fuera este hogar el palacio de los reyes, chocaba su alma y se partían sus alas. Gustábale más mandar una falange que urdir una tapicería. Sus manos estaban hechas, más que á hilar en las ruecas ó tejer en los telares propios de su débil sexo, á urdir conspiraciones políticas y soplar sobre guerreros incendios. Alejandro dominó al mundo y Olimpias al dominador.

Descendía de Aquiles. Por consiguiente, la guerra estaba, no sólo en su educación, en su fisiología. Heredóla como heredan sus uñas los tigres y sus melenas los leones. El heroísmo le parecía tan congénito á la mujer como al hombre. Pero ya que, á pesar de todos estos altivos pensamientos,

no pudo ejercitarlo directamente y en toda su fuerza por su condición de mujer, siempre inferior en estos achaques al hombre, se casó con un conquistador y engendró después otro que no hubiera podido vivir fuera y lejos del trono. Pero estos tronos en las edades heroicas no estaban de tal modo seguros que pudieran las familias regias, después de recibirlos por herencia, gozarlos y sostenerlos con autoridad. Sus hermanos lucharon por el trono heredado; su marido pasó una parte de la juventud en el destierro. Y cuando Filipo alcanzó la corona de Macedonia, no podía decirse que la consiguiera por más legítimo, consiguíola por más digno. Tanto número de conjuraciones había en el corazón de tales cavernas, y tanto número de príncipes caían sacrificados antes de tocar el poder, que la fantasía no encuentra hilo conductor en las tortuosidades é intrincamientos de los hechos laberínticos. Veamos algunos. Alejandro II llevó la corona de Macedonia por este tiempo. Mas le odiaba de muerte su propia madre con esos odios contra naturaleza que resultan verdaderamente devastadores en toda la historia. Esta mujer desnaturalizada se había prendado de su propio yerno, marido de su hija mayor, y le amaba con la misma intensidad que aborrecía en su corazón al hijo de sus entrañas. Ptolomeo se llamaba el

yerno amado, á quien Olimpias conjuró para que fuera contra su propio hijo en guerra. Merced á esta horrible traición obtuvo Ptolomeo; en las alternativas de aquellas batallas continuas, un principado á mandar. Pero esta diminuta monarquía solamente le sirvió para codiciar la grande, la que regía y mandaba con derecho el infeliz Alejandro. Un día celebraba éste regia fiesta y convidó á todos sus vasallos, que muchos llevaban corona, en aquella especie de satrapías imitadas del Asia. Entre los súbditos coronados estaba Ptolomeo. Y efectivamente, la terrible suegra le concitó á matar su propio hijo. En medio de un baile concertadísimo y alegre lo mató. La parricida entregó la mano con mengua y el trono con crueldad al matador siniestro de su hijo. No podía el criminal gozar en paz mucho tiempo su presa. Los tebanos, amigos del asesinado, le armaron guerra y tuvo que darles rehenes escogidos entre príncipes de la sangre. Quizás con tales rehenes fué á Tebas Filipo. Entre tanto Perdicas III, hermano del muerto, vengó á la ilustre víctima, destruyendo al usurpador. Enemigo de Tebas, unióse al partido de los atenienses tras su venganza y su victoria. Pero en una de las batallas promovidas por estos incidentes guerreros encontró sepultura. Un hijo dejó el muerto, y á nombre de tal hijo tomó Filipo

la regencia. Entró éste, pues, en el reino macedón, merced á un canje, y por un mando militar penosamente obtenido pudo conseguir el reino entre las hordas de ilirios y tracios que lo asaltaban y el cortejo de príncipes legítimos y bastardos que lo pretendían. El joven príncipe comprendió muy pronto que su título capital, entre tantas pretensiones y tantos pretendientes, habría de hallarse por fuerza en una guerra heroica y en una victoria definitiva. Así corrió contra los bárbaros, y combatiéndolos con tanta fortuna como inteligencia, los derrotó desde su carro triunfal, que le condujo hasta las alturas del trono. Pero no satisfecho con este título fundado en la necesaria sumisión del elemento bárbaro, metióse dentro de la red urdida por los pretendientes, y la desató con habilidad indecible. Hijos de Alejandro, hijos de Perdiccas, hijos de príncipes macedonios competían á una con Filipo y le cerraban todo camino al deseado logro de sus intensas ambiciones. Filipo trató de ganarse al rey, en cuyo nombre mandaba, cohonestando la posesión del trono, al fin y al cabo arrancado á su derecho, con la posición altísima de yerno suyo, adscrito á sus intereses, los cuales él, y sólo él, podía dirigir con verdadera fortuna. En tales incidentes dramáticos templó su carácter Olimpias, que, ansiosa de reinar, vió su

reinado puesto en competencia y en litigio por tantas y tan diversas porfías.

Allí aprendió á combatir y á pasar una vida entera de combatiente. Pero en otros estados y términos de su vida, tal mujer aprendió á soñar, y á soñar con lo imposible. Desde la primera juventud mostró propensiones incontrastables al culto de los dioses desconocidos y al encierro dentro de los misterios religiosos. En esta religión espléndida y reveladora, que profesaban los griegos, caía del cielo espiritual á torrentes el sol de las ideas, como caía el sol material, con su alma luz, del cielo clarísimo. A consecuencia de tal claridad espiritual se frustraba en el conjunto de sus dogmas y en el procedimiento de sus liturgias todo misterio. Las montañas más luminosas, que parecían guardar absorbido en sus aristas y en sus cumbres el éter celestial; y las riberas más celestes, por cuyas aguas iba disuelto en estelas, en fosforescencias, en coleteos de peces semejantes á iris movibles, en la transparencia natural del Mediterráneo, un eterno día; las ideas religiosas paganas andaban volando como enjambres de insectos pintados y como bandadas de aves canoras, y revestían formas humanas perfectamente dibujadas y muy concretas en los simulacros de sus divinidades, perfectísimas estatuas talladas en marfiles, en mármoles, en oro, así como en los es-

pacios de sus abiertos templos, por los cuales á su arbitrio circulaban en movimiento perpetuo las revelaciones y se oían resonantes y armoniosos los himnos y los coros. El misterio no estaba en lo escondido y oscuro del dogma religioso, no; estaba en la separación que allá dentro de algunos templos, cerrados á la comunicación y comercio con los no iniciados en su liturgia particular, había. Los órficos, es decir, aquellos poetas semilitúrgicos y semisacros que representaban principalmente una tradición oriental, constituían algo de lo que han constituido entre nosotros los masones. Su adoración al sol, sus himnos teológicos, su panteísmo naturalista, sus fórmulas de cábalas, sus prácticas de magia, sus asociaciones misteriosas, su iniciación difícil, su carácter completamente oriental, hacían de Orfeo y del culto y dogma órficos una derivación del Asia, metamorfoseada sobre la tierra escultórica y bajo el cielo divino de Grecia. Por consiguiente, allí, en aquellos misterios órficos, debió aprender Olimpias esos ensueños asiáticos, de los cuales parece como una cristalización gigantesca el genio y el pensamiento de su hijo Alejandro. En cuanto estudiáis á Olimpias veis que hay en ella mucho de lo que hay en Semíramis, una mezcla de sacerdotisa y de amazona, en cuyas combinaciones entran elementos de suyo tan varios y de formas tan diver-

sas, que no podéis fijarlos con exactitud ni definirlos con claridad. El espíritu de Asia es un espíritu verdaderamente colosal, de titánicas desproporciones, como aquellos dioses que meten los pies en las raíces del más bajo y triste organismo mientras la cabeza en los astros del cielo. Pues todo este oriental espíritu, que luégo se transmite al conquistador de Oriente, quien jamás hubiera podido someter tan vasto imperio, y menos amoldarlo á su idea, sin esta índole asiática junta con su índole griega, todo este oriental espíritu, decía, se lo infundió al gran Alejandro su madre Olimpias con la sangre de sus venas, con la leche de sus pechos, con los besos de sus labios, con la infusión de su alma, con esa infusión, verdadero secreto de la maternidad, cuyas primeras iniciaciones perduran toda la vida y nos acompañan hasta la puerta del sepulcro.

Con los misterios órficos uníanse las prácticas religiosas de Samotracia. Tal isleta del mar Egeo, coronada por un templo desde cuya cima se veían los campos donde Troya fué, guardaba misterios litúrgicos también de primera importancia. Los dioses cabires, gérmenes primeros del paganismo, estaban allí en su seno, aun después de haber esta religión tomado muchas otras fases y recorrido muchos otros espacios y zonas del humano espíritu, como están las figuras arqueológicas en frío y re-

gular museo. Pero animábanse y volvían de nuevo á la vida cuando entraba en el abandonado templo un verdadero creyente y lo esclarecía con la vívida lumbre de su fe interior. Entonces diríase que aquellos dioses cabires recobraban las fuerzas misteriosas con que han producido cohesiones en los átomos, y volvían de nuevo á tejer con los hilos brillantísimos de la vida universal aquellas formas de que se revisten los seres para brillar y revelarse á los humanos ojos. Lo cierto es que aquella religión de las primitivas divinidades, muerta en los metamorfoseos sucesivos que tomaran las ideas religiosas de Grecia, renacían y rebrotaban á una en el espíritu de Olimpias. Muchos historiadores dicen que yendo allí acompañada por las mujeres de Tracia, quienes volvían sus ojos de continuo á la isleta sacra y gustaban de recorrerla en procesiones ó teorías simbáquicas, Olimpias conoció á Filipo y ambos á dos hallaron allí, en aquel sitio verdaderamente litúrgico, los sendos complementos de sus respectivos caracteres y de sus respectivos espíritus. Imaginaos una mujer nacida en las montañas del Epiro, donde resuenan las encinas de Dodona que parecen dar por fruto las espadas pendientes de sus misteriosos ramajes; criada en medio de la guerra que ciertos régulos declaran á otros en los estremecimientos de aquel suelo volcánico y en las tempestades múlti-

ples de su atmósfera eléctrica; iniciada en los misterios órficos, que á una concentran todos los filtros goteados por las antiguas teogonías y por las asiáticas liturgias; descendiente de Aquiles por su estirpe y creyendo que ha heredado con su sangre, á pesar de femenil, un secular heroísmo; frecuentadora en su juventud más tierna de aquella isla, desde cuyas cimas descubría los campos troyanos y escuchaba los versos homéricos en una especie de religioso deliquio, su alma debía crecer y agigantarse hasta fingir posible lo imposible y mezclar, como en confuso caos, creencias, ambiciones, ensueños místicos, tramas políticas, monarquía, sacerdocio, la joven Grecia y el viejo colosal Oriente, á cuyos dos mundos tocaba desde la desembocadura del Hebro, cargado de ideas, y desde las cumbres de Samotracia, coronada por misterios, viviendo en las fronteras donde acaba un continente y empieza otro, por aquellos territorios llenos de históricos héroes y por aquellos cielos poblados de antiguos reguladores dioses. Realmente, la educación de Olimpias, los espectáculos que ha visto en su niñez y su juventud, explican el espíritu de Alejandro, como el medio ambiente á su vez explica la fauna y la flora de una especial región.

Olimpias tenía, cual todas las heroínas del Asia, un animal predilecto. En sus animales respectivos

échase de ver el origen asiático de todas las divinidades helenas. El águila de Júpiter ha batido sus alas en las montañas del Oriente. De la India viene aquel pavo real que ostenta sus multicolores plumas al pie de Juno en rueda brillantísima. Montada en toro pujante vino Europa, y conducida por palomas Venus. Siguen los perros á Diana cazadora, y atisba la lechuza de Minerva con su estrecha retina las espesas sombras. Pues bien, de todas las plantas, de todos los litúrgicos animales, ninguno tiene la importancia que aquella tentadora serpiente, consagrada en el simbolismo universal con tantos y tan diversos caracteres. La serpiente, después de haber recorrido las orillas de los ríos sacros en la India, tienta nuestra primera madre lo mismo en la Biblia judía que en la Biblia caldea; escupe todos los males sobre la tierra empapada en su ponzoña; contrasta el poder de Jehovah por los desiertos de Madián, á la vista misma de Moisés; se arrastra por las orillas del Nilo y por los santuarios de Siria; entra en los poemas cosmológicos del Asia y del África; cae herida en el territorio helénico á las flechas de Apolo; sube al peplum de Minerva en Atenas y á la vara del divino Esculapio para significar la ciencia, y concluye por presentarse quebrantada bajo las plantas de María en nuestra liturgia católica. Pero la serpiente aun sobrevive á todas

estas metamorfosis y aun deja de sí hoy mismo símbolos parecidos á las pieles de que periódicamente se desviste y desase. Olimpias amaba con todo su corazón este animal simbólico. En su frecuencia de los templos y en su iniciación de los misterios había la princesa del Epiro tomado esta incontrastable afición al animal simbólico. Unida con aquellas mujeres tracias, dadas al culto del divino poeta Orfeo, que revelara los dogmas religiosos y las prácticas litúrgicas del Oriente á nuestra Europa; encontrando en tan extraordinarios servicios un martirio inolvidable, por estas mujeres inferido, las cuales despedazaron su cuerpo y divinizaron sus despojos, lanzándolo á las ondas del Hebro, que llevaron larguísimo trecho sin sumergirla su cabeza inspirada y sublime hasta el mar, desde cuyos senos tales reconvenciones les dirigió en lengua inspirada, que creyeron necesario sus mismas sacrificadoras y enemigas redimir la culpa y rescatarla, sintiéndose poseídas por completo de su espíritu y exaltadas por sus ideas, al extremo de danzar en bailes parecidos á las espirales del torbellino y llevar sobre la cabeza en cestas de flores y de frutas serpientes, cuyos cuerpos, movidos también al estruendo de sus gritos enfurecedores, enroscábanse á los tirsos de oro que blandían aquellas bacantes en sus manos y bajaban hasta ingerirse, silban-

do, en su seno, y tomar allí el calor de su vida y escuchar allí los resonantes latidos de aquellos corazones entusiasmados y ebrios. Olimpias por tal modo se aficionó á la serpiente, que solía mantenerla con su propia mano, acompañarse de su frío y pintado cuerpo, meterse con ella en su lecho. Esta grande afición dió margen á una sabida leyenda, que atribuía la generación de Alejandro á una serpiente, la cual no era otra cosa en esencia sino el mismo cuerpo de Júpiter que había revestido aquella forma en sus amores con Olimpias, cual revisitiera la forma del cisne allá en sus amores con Leda y la del toro en sus amores con Europa.

El culto de Baco estaba entre las costumbres más vivas y arraigadas de Olimpias también. Este culto enardecía los sentidos y los llevaba, con los vapores de sus embriagueces, á una exaltación que así disponía de los nervios como de las ideas. El vino, mezclándose con la sangre, le prestaba fuego y la enrojecía de púrpura. El calor suyo impelíala con soberano impulso por las venas. Así desde la viña hasta la bodega obtenían templos. La fibrosa y oscura cepa, el flexible sarmiento, los pámpanos tan artísticos en su corte, las uvas cristalinas, el racimo en que los granos se agrupan como las piedras preciosas en joyeles, el zumo rebosante del amplio lagar y recogido en el ánfora, por tal modo encantaron á los

pueblos primitivos, que constituyeron éstos en su honra una religión de la naturaleza y un culto de doble carácter, sensual y litúrgico. Ceres y Baco formaban toda la teología del agrícola y de su agricultura, todos sus cultos. El primero se presentaba con mayor serenidad, personificado en matronas castísimas; el segundo vivía de naturales enardecimientos, personificado en joven voluptuoso. Pocos dioses habrán llegado á Grecia de tan lejos ni revestido tantas formas varias en su larguísima carrera. India lo había engendrado, Caldea lo había puesto en sus palacios junto á sus reyes, Frigia le había encendido las venas y prestádole su voluptuosa flauta, Grecia, por último, desvistiéndole de ropas sacerdotales y regias, completamente inútiles, habíalo lanzado desnudo en los senos de la naturaleza, henchida de sensualidad, después de rejuvenecerlo en su inspiración y prestarle su armoniosísima y serena hermosura. Desde aquel sacerdote que iba envuelto en los pliegues de su túnica oriental, coronado con altísima tiara y ceñido con litúrgicos cinturones, de barbas tan luengas y de tan ricas estolas, grave y reposado, hasta el efebo medio ebrio, cuyos ojos encendidos por el vino se pierden allá en visiones rojas, y cuyo cuerpo desnudo se apoya en la parra, llevando en sus manos copas y flautas, coronado de pámpanos y hiedra, con todo

lo cual esparce por doquier su propia voluptuosidad, hay una serie tal de transformaciones sucesivas que muestran cuánto viven las ideas y cuán múltiples y ricas aparecen siempre sus formas en la inmensa metamorfosis á que todos los seres se hallan sujetos por combinaciones de las fuerzas cósmicas dentro del inconmensurable é infinito universo. La hiedra, que facilita las evaporaciones del vino y conjura las borracheras nefastas; el tirso, dondè las culebras enlazan sus colas y enseñan los áspides en sus fauces entreabiertas; la piña, que remata los trofeos y timbres del vendimiador; la cesta, que guarda los objetos sacros del culto báquico; el toro, que puebla con sus mugidos los aires y salta gozoso y valerosísimo sobre sus pastos; la liebre, representando una fecundidad muy bendecida por los labradores, que aprovechan los animales útiles con los domésticos y de labor y de carga; el cabrito, de velludas pieles y retorcida cornamenta; el asno aquel de tan fuertes rebuznos que aterró á los fabulosos gigantes; la flauta frigia, compañera de una vendimia ópima; el címbalo, á cuyos sonidos tréznanse los bailes voluptuosos; la máscara, copiada de los embadurnamientos con que pintaban sus caras de mosto los alegres silenos; la carreta cargada de cubas, y en la cual surgió de las faecias graciosísimas entre los cargadores el teatro

clásico; los sátiros, corriendo en busca de las bacantes; todo el simbolismo báquico ha dejado tales huellas de su paso en los viñedos y en los lagares, que todavía los vemos por las tardes sublimemente tristes del otoño, cuando sobre los pámpanos áureos y rojos se alzan los montones de racimos dispuestos para entrar en los apercebidos cenachos, y rompiendo el enlace de los sarmientos van las rebuscadoras en pos de los olvidados rebujos, entre los primeros cierzos que azotan la faz y las postrimeras despedidas lanzadas con tristes píos en el aire perfumado de mosto por las retardadas golondrinas. A las fiestas del dios oriental asistía siempre la oriental Olimpias. Y así como el órfico culto constituía la base primera de sus creencias teológicas, el culto báquico á su vez constituía la base primera de sus prácticas religiosas. Yo muchas veces me la figuro tal como pinta Homero en el cántico décimocuarto de su poema milagroso á la esposa de Júpiter. También ella debía tener una especie de santuario en sus palacios como los consagrados á las diosas antiguas. También para llegar á este santuario, donde se teme á la conspiración mucho por lo mismo que mucho en él se conspira, debían existir secretos pasadizos, semejantes á subterráneos, y puertas sólo franqueables á llaves mágicas y á conjuros cabalísticos. De seguro pedía también